



Meditación 1

“Padre, dame la parte de mi herencia”

Es bueno que la Palabra de Dios no se quede resonando en un plano abstracto, sino que se mezcle con la corriente de la vida, de nuestra vida, pues solo así la puede iluminar y fecundar. Creo, por ejemplo, que partiendo de nuestra experiencia concreta de familias, de esta comunidad de padres y de hijos que somos, es más fácil captar la intensidad de sentido que se juega en la parábola del Hijo Pródigo. De una forma u otra ya la vivimos todos: por eso esta parábola es tan inolvidable y tan desafiante para nosotros. La eficacia de esta historia que Jesús cuenta en el Evangelio de san Lucas (Lc 15, 11-32) resulta también del hecho de que nos es muy cercana, pegada a nuestro universo familiar común, a sus éxitos y fragilidades. No hay duda de que Jesús nos conoce por dentro, y recurre a imágenes capaces de tocar el fondo nuestro corazón. Comienza por esta que abre la parábola: un hijo se dirige al padre e interpela con una petición: "Padre, dame". Esto ocurre diariamente en todas las familias. La familia es un ejercicio permanente del don, y ese cotidiano y repetido ejercicio - podemos decirlo - estructura su realidad. Por eso, la primera parte de la frase del hijo pródigo nada tiene de sorprendente. A lo largo de nuestra biografía familiar estamos llamados a dar muchas cosas a nuestros hijos: primero, y en colaboración con el Creador, darles la vida; darles tiempo, amor, presencia, palabra; darles baño y alimento cuando son pequeños; darles confianza e inspiración a medida que crecen; darles consuelo en las lágrimas y humildad en las victorias; dar, dar ... Y la verdad, es que en ese don continuo de nosotros mismos a nuestros hijos, sentimos que nuestra vida se gasta o disminuye, pero, por el contrario, la misma vida se descubre feliz y se amplía. Si miramos nuestras vidas de madres y de padres, cuántos sacrificios, trabajos y esfuerzos estuvimos y estamos dispuestos a realizar para poder responder positivamente al llamamiento de un hijo que se acerque a nosotros y nos pida: "Padre, dame". ¡Muchas veces nuestro sufrimiento es no poder darles todo lo que querríamos o habríamos ideado. Y, con ese sufrimiento, también tenemos que hacer un camino.

Sin embargo, hay un día en que los hijos nos piden no solo esta cosa o aquella, como siempre nos pidieron. Nos piden, sí, tomar en las manos su propia vida, y aún más: que los ayudemos a eso. "Padre, dame la parte de mi herencia". Cuando son niños y pensamos en eso nos estremecemos, sentimos un escalofrío como si una espada de dolor traspasara nuestra alma. Después, cuando crecen, nos vamos acostumbrando a esa idea, pero eso no significa que no nos cueste verlos partir, cambiar de casa, de



ciudad, irse lejos. "Padre, dame la parte de mi herencia". Al oír esto nos asaltan muchos celos: "¿Estarán preparados para eso?"; "Sabrán manejar sin nuestra presencia directa lo que la vida les presente?"; "¿Serán suficientemente fuertes para rehuir el mal y sabios para desarrollar el bien?". Por grandes que sean nuestros celos, la relación filial no puede no ser una aventura de libertad. Si, por miedo o tentación de dominio, creemos que podemos ser dueños del destino de nuestros hijos nos equivocamos terriblemente. El amor no es amarrar, sino dotar de alas a aquel que se ama. Que es como quien dice: dotarlo de la más alta capacidad de ser, aceptando que él viva su singularidad. Por supuesto que esto no es propiamente una cosa fácil. Exige de nosotros un trabajo interior de desprendimiento, un aprendizaje paciente de la gratuidad y de la esperanza más inquebrantable. Sin embargo, ¿desprendimiento, gratuidad y esperanza son o no sinónimos de amor?

Cuando el hijo pródigo se acerca al padre en la parábola y le pide, "Padre, dame la parte de mi herencia", estamos bien situados para entender la grandeza de lo que está pidiendo. Y si aceptamos que ese padre representa al mismo Dios que Jesús nos ha venido a revelar, aún aumenta más el asombro. Sin embargo, es curioso que el padre de la parábola no hace preguntas para intentar ganar tiempo, ni negocia condiciones para confiar la herencia. Dios da. El amor que Dios tiene por nosotros, sus hijos, es un amor incondicional. La fe no es un estado de subyugación, sino un espacio relacional de aventura y riesgo. En la fe, descubrimos lo que la filósofa Simone Weil decía: que tener fe en Dios es ante todo comprender y maravillarse con la fe que Dios pone en nosotros. "¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano, para mirar por él?" (Sal 8, 4). De hecho, Dios ve en nosotros una belleza que, muchas veces, nosotros mismos no nos atrevemos ni siquiera a pensar que exista.

Pero Dios ve y no desiste de susurrarlo a nuestro corazón vulnerable, reforzando nuestra libertad. Sobre la libertad, san Pablo ha de recordar a los cristianos de Galacia: "Para la libertad nos ha liberado Cristo" (Gal 5, 1). Tendremos hoy la oportunidad de reflexionar sobre el horizonte y la alegría de la libertad cristiana. Comencemos esta mañana por rezarla, por contemplarla de una forma muy personal, prestando tiempo interior a eso. Dios nos escucha cuando le decimos: "Padre, dame la parte de mi herencia". ¿Qué significa para nosotros el gesto confiado de Dios?